



Por Armando Boudet Gómez

Razones bolivianas del Che

Viendo las imágenes del Che en la televisión cubana por estos días, en el año en que se cumple el aniversario 50 de su desaparición física en tierras bolivianas, alguien a mi lado se preguntó: “¿Por qué tuvo que irse?”. Y respondí automática y lacónicamente: para luchar contra el capitalismo.

Claro que no me satisfizo mi respuesta y supongo que a mi acompañante tampoco, porque aunque el concepto de capitalismo es abarcador en cuanto a reflejar las motivaciones del Che para marchar a Bolivia, la palabra sola, sin todos los males que encierra, no fue suficientemente ilustrativa.

En su carta de despedida al Comandante en Jefe Fidel Castro y al pueblo cubano, leída por este en la constitución del Comité Central del Partido, el 3 de octubre de 1965, Ernesto “Che” Guevara de la Serna explica su decisión: “Otras tierras del mundo reclaman el concurso de mis modestos esfuerzos. Yo puedo hacer lo que te está negado por tus responsabilidades al frente de Cuba y llegó la hora de separarnos. (...) En los nuevos campos de batalla llevaré la fe que me inculcaste, el espíritu revolucionario de mi pueblo; la sensación de cumplir con el más sagrado de los deberes: luchar contra el imperialismo donde quiera que esté; esto reconforta y cura con creces cualquier desgarradura”.

Se escogió a Bolivia como escenario de la lucha guerrillera emancipadora por ser el eslabón más débil de la cadena de dominación imperialista y dentro del país, la región donde menos se hacía sentir el control del Estado: Nacahuasú. En esa nación estaban dadas las condiciones revolucionarias: crisis estructural y crónica de un capitalismo primario, crisis económica, inestabilidad política, dictadura militar y proletariado minero vanguardia en las luchas obreras.

En el prólogo al *Diario del Che en Bolivia*, el Comandante en Jefe expresó: “Pero Che no concebía la lucha en Bolivia como un hecho aislado, sino como parte de un movimiento revolucionario de liberación que no tardaría en extenderse a otros países de América del Sur. Era su propósito organizar un movimiento sin espíritu sectario, para que a él se incorporasen todos los que quisieran luchar por la liberación de Bolivia y demás pueblos sojuzgados por el imperialismo en América Latina”.

Lo que ocurrió en los 336 días que duró la epopeya del Che y sus compañeros en Bolivia, desde el 7 de noviembre de 1966 en que él escribe en su diario: “Hoy comienza una nueva etapa”, hasta el 7 de octubre de 1967: “Hoy se cumplieron 11 meses de nuestra inauguración guerrillera”, el mundo lo ha conocido a través de su diario, de los relatos de los combatientes sobrevivientes, y las versiones casi siempre distorsionadas de quienes lo asesinaron el día 9 en la escuelita de La Higuera, por indicaciones de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de los Estados Unidos, tras haber sido herido e inutilizada su arma por un disparo.

Factores fatales se combinaron para el desenlace adverso de la misión que se impusieron estos hombres y de cuya gesta escribiría el Líder Histórico de la Revolución Cubana en el prólogo del *Diario*: “Impresiona profundamente la proeza realizada por este puñado de revolucionarios. (...) Nunca en la historia un número tan reducido de hombres emprendió una tarea tan gigantesca. La fe y la convicción absoluta en que la inmensa capacidad revolucionaria de los pueblos de América Latina podía ser despertada, la confianza en sí mismo y la decisión con que se entregaron a ese objetivo, nos da la justa dimensión de estos hombres. (...) Ellos simbolizan el tipo de revolucionarios y de hombres a quienes la historia en esta hora convoca para una tarea verdaderamente dura y difícil: la transformación revolucionaria de América Latina”.

Es dable que los cubanos hubiésemos querido tener al Che en este empeño transformador en que nos encontramos ahora, por todas las virtudes de constructor de que nos dio prueba desde que se incorporó en México a Fidel y al grupo de expedicionarios del yate Granma, se destacó como guerrillero audaz y jefe, y después del triunfo revolucionario del 1ro. de Enero de 1959, cuando brilló como Ministro emprendedor, incansable trabajador, dirigente exigente y profundamente humano que nos legó ricas experiencias revolucionarias en obras teóricas escritas que hoy tienen total vigencia y, sobre todo, su ejemplo de fidelidad a sus ideas, por las cuales supo combatir hasta su último aliento en tierras bolivianas.

El bicitaxi de Elpidio Valdés y sus apuntes al margen



Por Eduardo Labrada Rodríguez

El conductor del bicitaxi detuvo su vehículo ante el monumento que en el Casino Campestre rinde eterna memoria al Soldado desconocido del Ejército Libertador y explicó con aire de experto a los dos extranjeros que transportaba: “Esta es la estatua de Elpidio Valdés, el muñequito que sale por la televisión”. Así de sencillo.

Mi compañera de trabajo, incrédula y todo, se rio mucho de la anécdota y me dio el pie forzado. “Eso no es nada, me dijo. Hace poco coincidí con un grupo de visitantes a la puerta de la casona donde vivió Carlos J. Finlay, hoy Museo Casa Natal, cuando un ‘guía’ les informaba que en esa casa había nacido el inventor ‘Finlay’.

Intervenir para aclarar la nota, me valió, en vez del agradecimiento, no sé cuántas palabrotas de aquel”. Al margen de la crónica y la cargada, ambos coincidimos en que estas historias se repiten con demasiada frecuencia promoviendo un total irrespeto a la ciudad y que a pesar de voces que se levantan llamando a la reflexión, pocos se ocupan de tan peligrosas y vulgares irreverencias.

Por otro lado, cuando la prensa aborda en minoría tanto absurdo, sus advertencias se pierden en el torbellino del quehacer cotidiano, porque en días como hoy a veces los medios de comunicación tienden a esquivar los temas “vulgares” para perderse en fríos túneles informativos deshumanizados, casi siempre en cifras y burocráticos trastornos, que si bien necesarios, ahogan la realidad de hechos humanos y comunes que pasan por vulgares y que en definitiva es lo que nos acerca a las luces y a

las sombras de la gente, a los condimentos que sazonan lo que se cuece en el caldero de la vida cotidiana.

Por ello nos pareció bien aplicar otra óptica para traer el tema de la incultura que promociona nuestra historia y convierte en chatarra el patrimonio de la ciudad. Precipitar páginas de historia cuesta abajo de manera tan burda es paso previo por el que se pierde la identidad de todo un país.

Sin embargo, seamos justos, reconozcamos que en esa dirección nos ha faltado iniciativa estatal, pues aquel admirador de Elpidio Valdés o el amigo de Finlay no rechazarían si alguien se ocupara de actualizarles en nuestras páginas cotidianas de historia, con la seguridad de que ellos podrían extrapolar ese conocimiento entre sus clientes y dejarían de cubrir sus lagunas escolares a la buena de Dios.

Hoy en el entorno de los visitantes a la ciudad se mueve un enjambre de personas al servicio de transportarlos, guiarlos, alojarlos y pasearlos por nuestras calles las 24 horas de cada día y eso, en cualquier país de cualquier mundo, requiere un sistema de promoción donde junto con la ventaja económica, prime el aporte cultural no improvisado, sino preparado y profesional.

No por gusto dentro del periodismo el tema histórico es una especialidad, como en la pedagogía es esa rama del saber. Pero no hay que ser historiador, basta con ser patriota y preocuparse. La historia es una y no se improvisa. Un ejemplo: todavía hay quienes repiten el hecho ya argumentado y desmentido de que las cenizas de Agramonte fueron esparcidas por la ciudad. Y no me atrevo ni a imaginar la reacción de los historiadores lugareños cuando siguen escuchando tal desatino. Ante el desconocimiento es mejor hacer silencio, que hacer el ridículo.



Foto: Orlando Durán Hernández

Según la foto, en esta obra de la calle San Martín alguien se graduó en la “Ciencia de lo Absurdo”. ¿Cómo es posible que cubrieran con asfalto los simbólicos adoquines de República, piezas que con tremendo esfuerzo, tiempo y gastos acometió nuestra ciudad para su embellecimiento?

ACTUALIDADES



Foto: Otilio Rivero Delgado

En la esquina de las calles 9 y 8 en Vista Hermosa, el jardín entusiasmó a los vecinos al punto que dejaron sin acera a los transeúntes.



Foto: Leandro Pérez Pérez

Mascota peculiar... ¿y legal?

